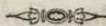


HERNAN CORTÉS

EN

MÉJICO.



CAPÍTULO I.

Nacimiento educacion y juventud de Hernan Cortés.

El fin del siglo décimo quinto y la mayor parte del décimo sexto fueron notables y distinguidos por el ardor para los descubrimientos y las empresas gigantescas. Luego que el inmortal Colon reveló la existencia de un Nuevo Mundo, los españoles se lanzaron en seguida á la carrera que se les acababa de abrir y que ofrecia á todos inmensas riquezas, grandes reinos que conquistar. Todo hombre por humilde que fuese su cuna, por corto que fuese su talento, por es-

casa que fuese su fortuna, se creia asaz apto para tentar las empresas mas colosales y atrevidas; la pasion para las espediciones militares aisladas, digámoslo así, sucedió á las brillantes guerras de las Cruzadas.

El Nuevo Mundo era un gran teatro en donde los espíritus belicosos podian desplegar todo su valor, y en el momento en que se les abrió este vasto campo, lo explotaron con diligencia. En la inmensa multitud que se abalanzó á esta empresa para conquistar gloria y fortuna, muchos capitanes han alcanzado el alto honor de que fuesen inscritos sus nombres en las pájinas de la historia, pero en esa larga lista de hombres ilustres, el que ocupa el lugar mas distinguido despues del inmortal Colon es, sin disputa alguna, el célebre conquistador de Méjico, Hernan Cortés.

Hernan Cortés nació en Medellin, villa de Estremadura, en el año de 1485; era hijo de don Martin Cortés de Monroy y de doña Catalina Pizarro de Altamirano ambos descendientes de familias ilustres y antiguas, pero cuyos haberes eran insuficientes para sostener su rango. Es probable que Cortés, si se hubiese hallado favorecido por la fortuna, educado en medio de los regalos de la vida, falto de estímulos para desarrollarse, hubiera permanecido siempre oscuro; ahora empero á causa de su posicion, se vió obligado á emplear todos los recursos de su espíritu para echar los fundamentos de su propia

grandeza. Don Martin, notando en su hijo el jérmén de un talento que bien cultivado podia hacerle florecer y conducirle á grandes resultados, resolvió hacerle emprender una carrera en la que pudiese adquirir consideracion y riqueza; creyó que el foro seria conveniente para ese jóven. En efecto, estaba dotado de una vivacidad y sagacidad de espíritu, de una elocuencia y moderacion tales, que le auguraban un brillante porvenir, si se entregaba al estudio de las leyes.

A la edad de 14 años pasó á estudiar en la célebre universidad de Salamanca. Aunque poseia todos los dones necesarios para hacer rápidos progresos, sin embargo no quiso entregarse con asiduidad y perseverancia al estudio; su génio fogoso y activo no queria sujetarse á la rigurosa disciplina de la escuela; la vida tranquila y estudiantosa le era insoportable. Al cabo de dos años, cuando hubo adquirido algunos conocimientos, vió que la carrera que habia emprendido era incompatible con sus gustos é inclinaciones, y desde entonces empezó á fastidiarse de esta vida inactiva y de todo trabajo sério. Vióse pues obligado á abandonar á Salamanca y regresar á Medellin; allí, arrastrado del ardor de su carácter, abandonóse á los ejercicios activos; aprendió á manejar las armas, á domar los caballos, en una palabra, los juegos guerreros y violentos fueron sus ocupaciones favoritas.

El ímpetu de sus pasiones le arrastraba frecuentemente fuera de los límites de la moderacion

y durante ese período de su vida estuvo muy lógicos de demostrar aquella política prudente, aquel imperio sobre sí mismo, de que dió despues pruebas tan evidentes. La naturaleza le habia dotado de las mas brillantes ventajas; su aire era gracioso y atractivo, su elocuencia, persuasiva, su estatura, alta y bien proporcionada, su buena constitucion y su robustez fisica le hacian capaz de resistir las mas grandes fatigas y su profundo espíritu le proporcionaba recursos para vencer las mas grandes dificultades. Pero algunos defectos que todos dependian en gran parte de su fogoso temperamento eclipsaban tan distinguidas cualidades, de modo que su padre temia que jamás llegaria su hijo á saber refrenarse él mismo.

El jóven Cortés solo tenia un pensamiento; ofuscado por el resplandor de la gloria militar, solo anhelaba distinguirse en medio de los combates; su padre se opuso abiertamente á ese nuevo deseo; pero despues de haber perdido la esperanza de verle ocupar un empleo civil, consintió en dejarle seguir la carrera de las armas. La época era muy favorable para prosperar en poco tiempo; las guerras de la Italia llamaban la atencion pública, y la fama de Gonzalo de Córdoba, á quien apellidaban tambien, el gran capitán, sobrepujaba á la del mismo Colon. El estar cerca de Italia y de la gloria de Gonzalo decidieron al jóven Cortés á alistarse bajo su bandera, pero en el momento de embarcarse

para ir á reunirse con la armada, cayó enfermo y no pudo ejecutar su proyecto.

En aquel entonces, fué nombrado gobernador de Hispaniolia don Nicolás de Obando; esa eleccion dió á Martin Cortés esperanzas para el porvenir de su hijo. Obando era su pariente; confiaba pues en que bajo su poderosa proteccion, el jóven Hernan encontraria medios para desarrollar su talento y llegar á un puesto honroso y lucrativo. Luego que presentó esta nueva idea á su hijo, la acogió este con avidez; desde aquel instante no pensó mas que en el dia de partir para el Nuevo Mundo; en seguida se reunió con los soldados que Obando habia reclutado; pero un desgraciado acontecimiento sobrevenido á Hernan pocos dias antes de su viaje, púsole en la imposibilidad de embarcarse, obligándole por tanto á permanecer algun tiempo mas en el seno de su familia.

Antes no volvió á partir una espedicion para el Nuevo Mundo, transcurrieron dos años, de modo que en 1504 llegó Cortés á la isla de Sto. Domingo; Obando le recibió con amistad, le trató como á hijo propio y no perdió ocasion alguna para demostrarle el grande afecto que le profesaba; confióle muchas empresas no solo brillantes sino tambien lucrativas; mas tan alto favor que á sus compañeros les hubiera satisfecho en gran manera no era bastante aun para satisfacer su ambicion; solo soñaba en aventuras extraordinarias y arriesgadas, y como la situacion en

que se encontraba la colonia, no ofrecia á Cortés ocasion favorable para seguir sus inclinaciones militares, de aquí es que estaba mal contento de su suerte.

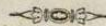
La ambicion y el ardor de los numerosos guerreros que se encontraban en aquella ocasion en Hispaniola, tomaron mayor incremento, cuando Ojedo y Nicuesa propusieron emprender su expedicion para hacer algunas investigaciones en el continente que querian conquistar y en donde confiaban fundar algunos establecimientos. Cortés que acababa de perder á su protector Obando, se hubiera unido con sus amigos á no estorbarlo una enfermedad grave que le detuvo en Hispaniola: así, por tercera vez, una circunstancia imprevista alteró sus proyectos. Su preciosa vida estaba reservada para mas altos y gloriosos destinos.

No nos entretendremos aquí en esplanar las fatales consecuencias de esta expedicion; se encontrarán en la *Historia de Cristóbal Colon*: con el solo espacio de un año perecieron todos los que formaban parte de aquella empresa, y el único resultado de tantos esfuerzos y valor fué el establecimiento de una miserable y pequeña colonia, fundada por Nuñez de Balboa, en el golfo de Darien.

Cortés pudo dar gracias á Dios de haberle librado de una muerte casi segura, privándole de seguir á sus amigos; sin embargo se entristecia de ver como pesaban los hermosos años de su

juventud en una absoluta inaccion. ¿Qué le importaban las riquezas? Disfrutaba de ellas en abundancia, puesto que se le habian concedido ricas tierras é indios; mas, ¿era eso lo que queria?

Cuando en 1511, Diego Colon que habia sucedido á Obando, se propuso conquistar la isla de Cuba, Cortés no podia dejar pasar por alto una ocasion tan oportuna, tan propicia para él; puso todo su empeño, practicó todas las diligencias imaginables á fin de que le emplearan en esta expedicion y logró ser colocado en calidad de secretario cerca de Diego Velazquez que era el gefe. Velazquez, durante su permanencia en Hispaniola, habia adquirido una grande y alta reputacion debida á su carácter bondadoso, á su justicia y á su prudencia. Bajo la direccion de tan hábil preceptor, el talento de Cortés pudo desarrollarse mas y mas, adquiriendo un grado tal de perfeccion que le sirvió muy mucho en los momentos mas críticos de la brillante carrera que emprendió.



CAPITULO II.

Conquista de Cuba. — Cortés es nombrado capitán general de la armada.

De todas las conquistas que hicieron los españoles en el Nuevo Mundo, ninguna fué llevada á cabo con mas facilidad como la de la grande isla de Cuba; es por cierto bien admirable y sorprendente que, para conquistar una isla de mas de setecientas millas de extension y de un gran número de habitantes, Velazquez se hubiese contentado con la pequeña partida de trescientos hombres, y mas sorprendente es todavía que ese puñado de soldados hubiese bastado para llevar á cabo tan grande empresa. Mas no lo es tanto como á primera vista parece, si se atiende á que los naturales no eran belicosos y ningun preparativo, ninguna medida habian tomado para oponerse á la invasion; unicamente

se encontró alguna pequeña resistencia en la estremidad oriental de la isla. Esta partida era capitaneada por un cacique llamado Hatuey, que se habia escapado de Santo Domingo; este pues, al saber la llegada de los españoles á Cuba, quiso oponerse á su desembarco; mas todas sus tentativas fueron inútiles, puesto que bien pronto se vió dispersada su tropa y él mismo hecho prisionero. Ese simulacro de defensa no retardó en nada la entera conquista de la isla y al punto se fundó la colonia de Santiago.

Poco tiempo despues, se pasó á conquistar la Jamaica, (5) y el buen éxito de tan difícil empresa se atribuyó en gran parte á las brillantes disposiciones de Hernan Cortés.

Velazquez le apreciaba en gran manera á causa de sus finos modales y de su habilidad; estaba satisfecho de ver reunidas en aquel jóven la sabiduria y talento, con el valor y la intrepidez.

Cortés conociendo todas las ventajas de su posición, procuraba con actividad valerse de ellas; esforzóse sobre todo en atraerse la amistad de Andrés de Duero, secretario del gobernador. Desgraciadamente Cortés, á causa de su impetuoso carácter, veía contrariadas casi siempre sus mas felices disposiciones; tuvo lugar un cierto accidente que le espuso á hacerle perder el fruto de sus constantes esfuerzos.

Muchos colonos de Santiago, mal contentos de Velazquez, pretendieron esponer sus quejas á Diego Colon; fué nombrado para esta espedi-

cion enteramente arriesgada el intrépido Cortés: era necesario ir á Hispaniola (6) en una mala embarcacion. El gobernador informado de este proyecto y ofendido de la ingratitud de su secretario, habia decretado su muerte; pero Cortés avisado á tiempo pudo escaparse de las manos de los que le perseguian y se refugió en una iglesia, lugar de asilo inviolable segun las ideas de aquella época; debia permanecer allí hasta que Andrés de Duero y sus otros amigos hubiesen apaciguado la cólera del gobernador y alcanzado su perdon. Por una estraña coincidencia, al lado de esta iglesia habia la casa de doña Catalina Suarez de Pacheco, jóven de ilustre nacimiento, á quien Cortés solicitaba para esposa. Salió una noche para ir á visitar, pero como le vigilaban los alguaciles, le echaron mano en seguida y le condujeron á la cárcel. Entonces reconoció todo la estension de su falta; pareció tan sincero su arrepentimiento que el gobernador mandó ponerle en libertad y le dió permiso para su matrimonio. Llegó á tal alto grado su generosidad que al cabo de cierto tiempo, consintió en ser padrino del primer hijo que tuvo Cortés; olvidó entonces todos sus agravios, portándose con la mas fina atencion y delicadeza. Empero no consintió jamás en restituirle el empleo de secretario. Desde ese momento, Cortés obró como profundo político; afectó la mas grande humildad y desempeñó con celo todos los negocios que interesaban al gobernador; en fin, se esforzó en mos-

trarse útil y agradable, confiando que se le tendria en consideracion ese cambio.

En 1515, el gobernador dió orden á Fernandez de Córdoba para poner en pie un pequeño ejército de voluntarios y colocarse á su frente embarcándose para hacer nuevos descubrimientos. Esta expedicion costó la vida á los guerreros que tomaron parte en ella, dando por resultado el reconocimiento de Yucatan. A pesar de este mal éxito, Velazquez exaltado por las relaciones que se le hicieron acerca de la riqueza de este pais, envió á Juan de Grijalva con una escuadra de cuatro navíos tripulados por doscientos cuarenta hombres, á fin de continuar una investigacion que parecia prometer muy felices resultados. Llegaron los españoles á la isla de Cozumel, siguieron la costa de Yucatan, en donde tuvieron muchas entrevistas con los naturales, quienes cambiaron una grande cantidad de oro por piezas de vidrio de diferentes colores. Grijalva abordó en San Juan de Ulúa, (7) isla sujeta al imperio de Méjico. Los naturales se sorprendieron en gran manera á la vista de esos estrangeros; su aspecto, su figura, sus vestidos, sus armas, eran para ellos objetos enteramente nuevos; atemorizados al ver este espectáculo, enviaron á toda prisa algunos indios para dar noticia á su soberano de una cosa que les parecia sobrenatural y maravillosa.

Los españoles permanecieron pocos dias en esta isla; entretanto pudieron reunir una cantidad de oro bastante considerable. Grijalva pudo

saber que la tierra mas vecina pertenecia á un grande continente. Este descubrimiento lisonjaba en gran manera sus esperanzas; empero le faltaban los medios para aprovecharse de él; juzgó pues conveniente pedir á Cuba refuerzos y aguardar su llegada. Sus compañeros aprobaban esta resolucion porque conocian que ellos no bastaban para fundar una colonia y mantenerse en el pais. En consecuencia, Grijalva envió á Alvarado, uno de sus oficiales, quien llegó muy á propósito para calmar las inquietudes de Velazquez. Temiendo este que aquella expedicion no sufriera la misma suerte que la de Córdoba y no recibiendo ninguna noticia, habia enviado ya una pequeña embarcacion para ir en busca de sus compañeros; pero al cabo de una corta navegacion, desarbolado el navio á causa del temporal, vióse obligado á volver á entrar en Santiago, sin poder dar la menor noticia de Grijalva: esos temores iban aumentando cada dia; ya no sabia qué partido tomar, cuando la llegada de Alvarado le sacó de esa angustiosa posicion.

Ese oficial hizo una hermosa descripcion del pais descubierto; el oro con que venia cargado era un testimonio irrecusable de la verdad de sus palabras. El gobernador al escuchar tan feliz nueva, le recibió con grande amistad y le trató al mismo tiempo con la consideracion y el respeto debidos á su mérito y á su inteligencia. Las relaciones de Alvarado se estendieron con prontitud entre todos aquellos que se habian quedado en

Cuba y escitaron un vivo entusiasmo, pero ninguno por cierto experimentó las sensaciones de Cortés, quien veía que iba á abrirsele un teatro digno de sus talentos; porque no dudaba que se le conferiria algun encargo en esta próxima expedicion y su corazon le decia que ocuparia el lugar mas distinguido.

Velazquez no perdió tiempo; envió comisionados á Europa para anunciar este grande acontecimiento y destinó una armada para hacer la conquista del continente que se acababa de descubrir. Hacianse los preparativos con la mayor celeridad; los soldados se presentaban en multitud; fué urgente nombrar un jefe. Esa eleccion traia solícito á Velazquez; sabia que el buen éxito en semejantes empresas depende de la habilidad y valor de los que las dirijen; preveia que á tan grande distancia, ese jefe se haria bien pronto independiente de su autoridad y obraria por su propia cuenta.

Los candidatos eran muy numerosos; cada uno de ellos contaba con la proteccion de elevadas personas, lo cual aumentaba la incertidumbre é indeterminacion de Velazquez. Pero llegó en fin el instante que habia de decidir del porvenir de Cortés. Hacia largo tiempo que tenia entrañable amistad con Andrés de Duero y con Amador de Lariz, tesorero real; sabia que ambos ejercian una poderosa influencia sobre el espíritu de Velazquez, quien nada emprendia sin pedirles antes su parecer. Cortés tuvo con ellos una en-

trevista y les prometió una suma bastante considerable, si por medio de su influjo y apoyo llegaba á obtener el mando (8).

Los dos amigos recomendaron en gran manera su protegido á Velazquez; los elogios que de él hacian, dictados en parte por la grande amistad que le profesaban, eran amplificados mas aun por motivo de su interés personal. (9) El gobernador aprobó esta eleccion; creyó haber encontrado lo que en vano pretendia desde mucho tiempo á saber, un hombre dotado de talento militar, un hombre en quien pudiese fundar sus mas lisonjeras esperanzas. Opinaba que la categoria y la fortuna de Cortés no le permitirian aspirar á la independenciam; tenia motivo para esperar que en vista de la facilidad con que habia olvidado sus antiguas desavenencias con Cortés, este se mostraria agradecido y le tributaria durante su vida los mas respetuosos homenajes y las mas grandes pruebas de adhesion y amor.

Aunque Cortés jamás habia tenido el mando como jefe, su talento y felices disposiciones que habia demostrado ya, daban lugar á las mas grandes esperanzas, y todos sus compatriotas le miraban como un hombre capaz de llevar á cabo las mas colosales empresas. Su ardor, propio de la juventud se habia calmado por grados, cambiándose en una actividad infatigable; su génio impetuoso, refrenado en parte por la disciplina y suavizado con el trato de sus iguales, no era mas que la enérgica sinceridad de un soldado. Tales

cualidades iban acompañadas de una tranquila prudencia en los planes, de una alta constancia en la ejecución y del arte de ganar la confianza y gobernar el espíritu de los hombres, lo cual es por cierto el carácter de todos los géneos superiores. Así la edad y la esperiencia desarrollaban sucesivamente los dones naturales que poseía.

Recibió Cortés su destino con las mas vivas demostraciones de respeto y sumision hácia el gobernador. Enarboló al instante la bandera en la puerta de su casa, se presentó entre los suyos con todas las distinciones de su nueva dignidad, empleó toda su actividad, todo su valimiento para hacer determinar á muchos de sus amigos á que le siguiesen y á adelantar los preparativos de su viage. Sus caudales y el dinero que pudo recoger hipotecando sus tierras é indios, sirvieron para comprar pertrechos y provisiones y para satisfacer las necesidades de aquellos oficiales que no podian equiparse de una manera correspondiente á su posicion. Este proceder era inocente y aun laudable, mas sin embargo sus tropas le atribuyeron un fin desfavorable; le representaron como á un tirano que pretendia alcanzar un dominio absoluto sobre sus vasallos granjeándose su amistad por medio de liberalidades interesadas; dieron á Velazquez grandes quejas acerca del hombre á quien acababa de demostrar una tan ciega confianza; dijéronle que Cortés se valdria de su nuevo poder, mas bien para vengar las antiguas injurias que habia sufrido que para

reconocer el beneficio que se le habia dispensado. (10) Estas pérfidas insinuaciones produjeron tan profunda impresion en el sospechoso espíritu de Velazquez, que Cortés no tardó en reconocer en su conducta señales de desconfianza y desprecio, y por consiguiente se apresuró á marchar antes que estallasen con violencia las disposiciones del gobernador. Conociendo los peligros que de un retardo se ocasionaban, arregló sus negocios con prontitud y se hizo á la vela en 18 de noviembre de 1518. Velazquez le acompañó hasta la playa y se despidió de él aparentando confianza y amistad, mientras que Cortés renovaba sus protestas de sumision y respeto (11).



CAPITULO III.

Parte la expedicion á la conquista de Nueva España.

La precipitada marcha de Cortés aumentó las sospechas de Velazquez y llegaron al mas alto grado de exaltacion sus celosos temores, á pesar de las evidentes pruebas de amistad que habia recibido en su última entrevista. El jérmén de la discordia y del ódio que los enemigos de Cortés habian sembrado en el seno del gobernador, estaba á punto de producir sus terribles efectos; todas las precauciones que habia tomado para asegurar el buen éxito de sus especulaciones, le parecian fuera de proporcion con los peligros que iban á nacer con el pretexto de dar á Cortés un segundo ayudante, colocó á su-lado á Diego de Ordaz, con la mision secreta de vigilar las ope-

raciones del comandante y de dar cuenta de sus acciones y discursos. Apenas partió la expedición, cuando Velazquez, cuyo espíritu tantas sospechas abrigaba, dudó de la fidelidad de su agente, y sus temores y recelos se aumentaron mas y mas, pensando que aquel no cumpliría su misión desde el instante en que estuviese apartado de su presencia.

Los ocultos y continuos manejos de los enemigos de Cortés contribuyeron á aumentar mas la desconfianza de Velazquez; siempre le pintaban á nuestro héroe como meditando el proyecto de hacerse independiente luego que encontrase ocasion, y su carácter bastaba para dar á esas suposiciones una apariencia de verdad. Como estos medios, estos discursos no acababan de decidir á Velazquez, se resolvieron entonces á emplear las poderosas armas de la superstición. Un cierto Juan Millan, sujeto muy fanático y supersticioso que se creía versado en los misterios de la astrología fué elegido por esos hombres implacables para mantener la credulidad del gobernador. Produjeron un efecto tal en el espíritu de Velazquez las siniestras predicciones de ese adivino, que determinó quitar el mando á Cortés. En consecuencia, envió mensajeros á la Trinidad, en donde estaba estacionada la armada, con orden para Francisco Verdugo, principal magistrado de ese pequeño establecimiento, á fin de que destituyera á Cortés y ocupara su puesto un oficial á quien designaba espresamen-

te. Semejantes instrucciones pasó el gobernador á Diego de Ordaz, á Francisco de Morla y á todos cuantos eran de su mayor confianza. Pero los dos amigos Lariz y Duero observaron atentamente todos los pasos de Velazquez é instruyeron á tiempo á Cortés de las tramas que contra él se urdian, antes que los otros tuviesen ningun conocimiento de tamañas medidas. Cortés trató entonces de defender sus intereses; por medio de su natural elocuencia y sobre todo con las brillantes esperanzas que hizo concebir á Ordaz, logró separar á ese incómodo agente de Velazquez, cuyos presentimientos, cuyos temores quedaron en parte realizados.

Ordaz declaró á Verdugo los inminentes peligros que corria obedeciendo las órdenes que habia recibido de Cuba; en efecto, el general ya se habia granjeado el aprecio y la amistad de sus tropas; estas confiaban en su talento, de él esperaban que la expedición tendria un éxito favorable. Verdugo intimidado, ó tal vez secretamente sobornado, no cumplió su misión; Cortés escribió entonces á Velazquez una carta en la que le aseguraba su entera obediencia y partió en seguida para la Habana.

El objeto que se proponia era reclutar en esta colonia mas soldados y comprar provisiones para su flota; juntáronse allí muchos oficiales deseosos de distinguirse bajo su bandera; los principales eran Gonzalo de Sandoval, Francisco de Montejo y Diego de Soto, quienes se obligaron

á abastecerle de todo lo que le faltaba aun. Mientras esto pasaba, Velazquez volvió otra vez á tomar sus medidas, para despojar á Cortés del mando. Censuró altamente la conducta de Verdugo, acusándole de una debilidad pueril, ó mas bien de una traicion manifiesta, por haber permitido que la flota saliese de la Trinidad. Envió á la Habana un hombre de confianza, encargado de remitir á Pedro de Barba, órden positiva para prender á Cortés y enviarle preso á Santiago con una buena escolta, suspendiendo al mismo tiempo la expedicion; escribió tambien á varios oficiales á fin de que se unieran con Barba y le ayudaran en la ejecucion de las disposiciones que mandaba, pero antes de llegar el comisionado un monje de la órden de S. Francisco habia dado ya noticia de esto á Bartolomé de Olmedo, religioso de su compañía y capellan de la flota. Cortés advertido del peligro, tuvo tiempo de tomar sus precauciones; de entre sus oficiales, dos tan solo le infundian sérios recelos, Velazquez de Leon, pariente del gobernador y Diego de Ordaz. Este último en cierta circunstancia, habia proferido algunas palabras que parecian indicar un cambio de idea, tal vez alimentaba la esperanza de reemplazar á Cortés. Encargóle este el mando de una embarcacion destinada para ir á recojer víveres en Guanicanico, poblacion situada en la otra parte del cabo de S. Anton; de este modo supo alejar de sí un hombre que le era sospechoso. En cuanto á Velazquez de

Leon, como era un jóven activo, de un génio amable y franco, poco trabajo le costó á Cortés para atraerle á su partido.

Pedro de Barba mostró tanta indiferencia en la ejecucion de su mandato, como la habia mostrado Verdugo en la Trinidad, y escribió á Velazquez una carta diciéndole que no podia cumplir sus instrucciones sin incurrir en grandes peligros, que el pueblo estaba á punto de rebelarse contra su autoridad y que tenia buenas razones para hablarle de esta suerte. Luego que Ordaz partió, reunió Cortés sus tropas y con aquella elocuencia natural que en tan alto grado poseia, las manifestó la celosa conducta de Velazquez y las tentativas que hacia para privarle del mando. Oficiales y soldados al saber estas circunstancias, se indignaron altamente; estaban impacientes para volar á una conquista que les prometia cubrirse de laureles y riquezas, habian empleado todo cuanto poseian para equiparse y por consiguiente el menor obstáculo era para ellos una causa de privaciones y pérdidas considerables. A esos poderosos motivos debian añadirse tambien el grande afecto que profesaban á Cortés y las altas esperanzas que en su capacidad y talento tenian formadas; todos pues unánimemente le suplicaron, que no abandonase el destino al cual tenia tantos derechos, prometiéndole que le seguirian en todas partes y que derramarian hasta la última gota de su sangre para mantenerle en el poder.

Mucho agradó á Cortés la espresion de estos sentimientos tan análogos á los suyos; prometió á sus soldados conducirles inmediatamente á aquel rico lugar que era desde largo tiempo el objeto de sus pensamientos y deseos; juró tambien solemnemente que jamás abandonaria á unos hombres que acababan de darle pruebas tan manifiestas y palpables de su amor y respeto. Estas promesas fueron acogidas con la mas viva alegría y en medio de las aclamaciones de todos.

Seguro ya Cortés de la fidelidad de sus tropas, sin embargo no quiso partir sin manifestar al gobernador una especie de deferencia; escribióle renovándole las protestas de su entera obediencia y terminó la carta diciéndole que su intento era hacerse á la vela al dia siguiente. En efectó, todos sus preparativos estaban concluidos y nada se oponia á su marcha.

Lo colosal de la empresa y las dificultades que á ella iban acompañadas eran muy superiores á las fuerzas de esta armada. Aunque los españoles de Cuba hubiesen reunido todos sus recursos, aunque cada poblacion hubiese proporcionado hombres y provisiones, aunque el gobernador hubiese dispensado sumas considerables y aunque cada uno de los soldados hubiese empleado todos sus caudales, sin embargo todo hubiera sido insuficiente respecto de un tan grande objeto á que se destinaba, como era la conquista de un vasto imperio. La flota consistia en once navios, de los cuales el mayor era de cien toneladas, tres, de

ochenta, y en siete pequeñas embarcaciones sin puentes; el número de los marineros era 109 y el de los soldados 508, divididos en once compañías. Si ese pequeño número de hombres era objeto de asombro, los medios y los recursos de que disponian, eran, por razon de su debilidad, mas dignos de asombro aun. Sus fuerzas consistian en 16 caballos, 413 mosquetes, 32 arcabuces, dos pequeñas piezas de campaña y cuatro falconetes; los soldados iban armados con picas y espadas, y en lugar de armas defensivas, cada uno de ellos iba cubierto con una cota de algodon que juzgaban suficiente para resistir las flechas de los americanos.

Con tan débiles recursos, Cortés se hizo á la vela para ir á declarar la guerra á un monarca cuyos dominios eran mas dilatados que los de la corona de España, reino en aquella ocasion, el mas poderoso de toda la Europa. Pocos ejemplos ofrece la historia de una empresa tan atrevida, y la imaginacion apenas puede figurarse que esperanzas de buen éxito podian abrigar esos soldados, tomando parte en una espedicion que, parecia mas bien una estravagancia caballeresca que una empresa militar razonablemente concebida.

Las pasiones empero que animaban á los castellanos, eran un estímulo muy poderoso. Cada soldado se creia ser un héroe que volaba por su propia cuenta y por su propio peligro, á una conquista que necesariamente debia coronar sus osa-

dos esfuerzos. Cortés era, á su modo de pensar, uno de sus compañeros cuyos talentos y habilidad eran necesarios para mantener la disciplina y obrar en favor del interés comun; no le miraban como un gefe absoluto cuyos menores caprichos fuesen órdenes que irremisiblemente debiesen cumplirse. Cortés mismo no intentaba destruir sus ideas; su magnánimo corazón no conocia los celos ni la vanidad; sabia muy bien que mas fácil era ejercer un poder absoluto sobre esos hombres lisonjeándolos y contemplándolos, que adquirir su benevolencia por medio del temor, y las escenas que habian pasado ya en el Nuevo Mundo, habian probado que la amistad recíproca entre el gefe y sus súbditos era mas necesaria allí que en ninguna otra parte.

Mas estos intrépidos soldados estaban animados aun por un poderoso entusiasmo que arras-trándolos á las empresas mas temerarias, mantenía su energia y valor en medio de las dificultades que á cada paso encontraban; se consideraban como los misioneros de la religion cristiana, encargados de propagar las luces de la verdadera fe. Cortés principalmente se figuraba digno de tan gloriosa mision, y haciendo brillar á los ojos de sus compañeros las riquezas que iban á adquirir, les manifestaba la santidad de la causa que se habian comprometido á defender. A fin de mantenerles en esta disposicion, hizo construir un magnífico estandarte de terciopelo ricamente bordado de oro; en medio estaban

esculpidas las armas reales y sobre estas una larga cruz, con una inscripcion latina, cuya version era: *Sigamos la cruz, que en esta señal venceremos.*

Despues de haber invocado Cortés la divina proteccion de N. S. J.-C., y teniendo dividida ya su gente en once compañías, destinó para su gobierno capitanes cuyos nombres ha conservado la historia; esas personas ya ilustres en aquel entonces eran: Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado, Alonso Hernandez Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristobal de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Francisco Saucedo, Juan Escobar y Ginés de Nortes; para sí se destinó el mando del navío almirante: el piloto principal de la flota era el hábil Alaminos; en fin, se confió la artilleria á Orozco, capitan experimentado.

